



Czesław Miłosz

La mente cautiva

Galaxia Gutenberg

Czesław Miłosz

La mente cautiva

Traducción de
Xavier Farré

Galaxia Gutenberg



Esta obra ha sido publicada con una
subvención del *Book Institute - the ©POLAND Translation Program*

También disponible en ebook

Título de la edición original: *Zniewolony umysł*
Traducción del polaco: Xavier Farré Vidal

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: enero 2016

© The Estate of Czesław Miłosz, 1951, 1953. Copyright renovado en 1981
Reservados todos los derechos
© de la traducción: Xavier Farré, 2016
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2016

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Liberdúplex
Depósito legal: B. 51-2016
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16252-86-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Si dos se discuten, y uno de ellos tiene honestamente el cincuenta y cinco por ciento de razón, eso está muy bien y no hay motivo para pelearse. ¿Y si tiene el sesenta por ciento de razón? ¡Esto es fantástico, es una gran suerte y debería dar gracias a Dios! ¿Y qué diríamos si tuviera el setenta y cinco por ciento de razón? La gente sabia diría que esto es muy sospechoso. ¿Y si fuera el cien por cien? Quien diga que tiene el cien por cien de razón es una mala bestia, un saqueador repugnante, el mayor de los canallas.

UN VIEJO JUDÍO DE GALITZIA

Prólogo

Se me hace difícil definir en pocas palabras el carácter de este libro. Intento mostrar en él cómo funciona el pensamiento humano en las democracias populares. Como el objeto de mis observaciones ha sido el círculo de los escritores y artistas, se trata principalmente de un tipo de estudio alrededor de dicho grupo que, sea en Varsovia, en Praga, en Budapest o en Bucarest, juega un papel importante.

La dificultad radica en que la gente que escribe sobre la actual Europa Central o Europa del Este son habitualmente políticos de la oposición que han logrado salir del país, o también ex comunistas que proclaman públicamente su decepción. No quisiera que me contaran ni en un grupo ni en otro, puesto que no sería acorde con la verdad. Pertenecía a la categoría, quizás la más numerosa, de los que en el momento en que su país pasó a ser dependiente de Moscú, intentaron mostrar su obediencia y fueron utilizados por el nuevo Gobierno. El nivel de compromiso político que se exige de ellos depende de cada caso particular. En cuanto a mí se refiere, nunca fui miembro del Partido Comunista, aunque durante los años 1946-1950 trabajé como diplomático del Gobierno de Varsovia.

Surge la pregunta de por qué, encontrándome lejos de la ortodoxia, acepté formar parte de la máquina administrativa y de propaganda si, a causa de mi estancia en el extranjero, podía fácilmente romper todos mis lazos con un sistema cuyas características se hacían cada vez más evidentes en mi patria. Tengo la esperanza de que los cambios que sufrieron

mis amigos y colegas, unos cambios que analizo aquí, pueden responder parcialmente a esta pregunta.

Durante todos estos años he tenido la sensación de ser un hombre que podía moverse con bastante libertad, pero que arrastraba tras de sí por todas partes una larga cadena que lo ataba a un lugar concreto. Esta cadena era parcialmente de naturaleza externa, pero también, y esto es lo más importante, se encontraba en mí mismo. De naturaleza externa; imaginémonos a un científico que tiene su laboratorio en una de las ciudades de la Europa del Este y que para él es muy importante. ¿Le sería fácil renunciar a ese laboratorio? ¿No sería más bien que estaría dispuesto a pagar un precio elevado, tan sólo para no perder lo que en su vida tiene tanta importancia? Ese laboratorio era para mí mi lengua materna. En virtud de poeta sólo en mi país tenía a mi público y era sólo allí donde podía publicar mis obras.

La cadena era también interna, mucho me temo que son unas causas que no se dejan esbozar tan fácilmente. Hay gente que puede soportar bastante bien el exilio. Otros lo sienten como una gran desgracia y están dispuestos a llegar muy lejos en su compromiso tan sólo para no perder la patria. Además, hay que tener en cuenta hasta qué punto el Juego absorbe al hombre. Así como mucha gente en la Europa del Este, yo también estaba comprometido con el Juego: el de concesiones y declaraciones externas de lealtad, de astucias y movimientos poco limpios en defensa de unos valores. Este Juego, al no estar exento de peligros, crea una solidaridad entre aquellos que forman parte de él. Esto también pasó conmigo. Me sentía solidario con mis amigos de Varsovia y el hecho de la ruptura se me presentaba como desleal. Y finalmente, había consideraciones de carácter ideológico.

Antes del año 1939 era un joven poeta cuyos poemas encontraban un reconocimiento en algunos cafés literarios de Varsovia; mi poesía, como la poesía francesa, que valoraba especialmente, era poco comprensible y cercana al surrealismo. A pesar de que mis intereses eran principalmente

literarios, los problemas políticos no me eran ajenos. No me entusiasma el sistema político de entonces. Llegó la guerra y la ocupación nazi. Pasé algunos años bajo la ocupación, y fue ésta una experiencia que me cambió considerablemente. Antes de la guerra, mis intereses acerca de los problemas sociales eran expresados en apariciones ocasionales en contra de los grupos de extrema derecha y en contra del antisemitismo. Bajo la ocupación adquirí una mayor conciencia de la importancia social de la literatura, mientras que las crueldades de los nazis influyeron fuertemente en el contenido de mis obras; al mismo tiempo, mi poesía pasó a ser mucho más comprensible, tal como ocurre habitualmente cuando un poeta quiere comunicar algo importante a sus lectores.

En el año 1945 los países de Europa del Este quedaron subyugados por la Nueva Fe que provenía del Este. En los círculos intelectuales de Varsovia se había convertido en una moda comparar el comunismo con el primer cristianismo; *La decadencia y caída del Imperio romano* de Gibbons realmente merece una nueva lectura en nuestros tiempos y nos facilita muchas analogías. Los espacios de Europa en los que, gracias a las victorias del Ejército Rojo, se podía inculcar la Nueva Fe, eran completamente paganos. Para poner en marcha los aparatos del Estado, era evidente que se tenía que utilizar a los paganos. Se dio la circunstancia de que yo estaba considerado como un «buen pagano» por el mero hecho de mi animadversión hacia las doctrinas totalitarias de derechas; es decir, aquel de quien se puede esperar que gradualmente quedará convencido de la pertinencia de la ortodoxia.

Mi actitud con la nueva religión laica, y especialmente con el Método en el que aquella se basaba (el Método Diamat, o materialismo dialéctico, pero no en la concepción de Marx y Engels, sino en la concepción de Lenin y Stalin), era de desconfianza. Pero esto no significa que no experimentara en mí mismo, igual que otros, su potente influencia. Me esforcé en convencerme de que podía conservar mi propia independen-

cia y podía establecer algunas normas que no iba a infringir. En la medida en que se desarrollaba la situación en las democracias populares, las fronteras en las que me podía mover como escritor se hacían cada vez más estrechas, pero a pesar de todo no quería darme por vencido.

Para mucha gente, el hecho de que un ciudadano de un país que pertenece a las democracias populares busque asilo en Occidente es algo evidente. Para muchos otros, que sienten simpatía hacia el Este, alguien que tiene su existencia asegurada en Varsovia o en Praga y decide escaparse tiene que estar loco. Después de mi ruptura, que tuvo lugar en París, uno de los psiquiatras franceses del Partido apuntó la tesis de que muy probablemente yo estaba desequilibrado. Considero que una huida de este tipo no es ninguna muestra de locura, ni un acto cuyo significado sea evidente. Hay que juzgarlo según las particularidades de cada caso individual.

En mi país la adhesión obligatoria y sin reservas de los escritores y los artistas al «realismo socialista» fue bastante tardía, en los años 1949-1950. Esto equivalía a exigir de ellos una ortodoxia filosófica al cien por cien. Con asombro me percaté de que no estaba capacitado para hacerlo. Durante muchos años había mantenido un diálogo interior con aquella filosofía, así como también un diálogo con varios amigos que la acogieron. Una oposición emocional decidió que la rechazara irrevocablemente. Pero precisamente gracias al hecho de que durante mucho tiempo sopesé los argumentos a favor y en contra puedo ahora escribir este libro. Es a la vez un intento de descripción, como un diálogo con los que se declararon a favor del estalinismo, y asimismo un diálogo conmigo mismo. Hay, pues, en él tanto de observación como de introspección.

La posición del escritor en las democracias populares es muy buena. El escritor se puede dedicar exclusivamente a la creación literaria, que le reporta unos ingresos al menos equiparables al sueldo de los más altos dignatarios. Pero el precio que tiene que pagar para tener esa vida libre de preocupaciones materiales es, en mi opinión, demasiado alto.

Al decir esto temo presentarme bajo una luz demasiado favorecedora, como una persona que toma una decisión exclusivamente por su odio hacia la tiranía. En realidad pienso que los motivos de la actuación humana son complicados y no se dejan reducir a un solo motivo. Estaba dispuesto a cerrar los ojos ante muchos hechos abominables, con tal que me permitieran dedicarme con tranquilidad a la métrica de los versos y a traducir a Shakespeare. Todo lo que puedo hacer es afirmar que me fui.

Ahora intento sacar provecho de mis experiencias. Quisiera mostrar que la vida en los países que se han encontrado bajo el influjo del Imperio del Este esconde en sí misma muchos secretos. Cada vez que pienso en el nuevo sistema social que me ha sido dado conocer, siento estupor; tal vez algo de este estupor ha penetrado las hojas de este libro. «¿Cómo se puede ser persa?», se preguntó Montesquieu, queriendo expresar el estado mental de muchos parisinos que dudaban de si era posible cualquier otra civilización diferente a la que conocían. «¿Cómo se puede vivir y pensar en los países estalinistas?», se preguntan muchos hoy en día. En otras palabras, tenemos aquí una ocasión para analizar cómo el ser humano se adapta a circunstancias increíbles.

Quizás sea mucho mejor que no haya sido uno de los fieles. Mi abandono no me ha dejado con ese odio que deriva normalmente de la sensación de deserción y de sectarismo. Si estaba destinado a quedarme como un pagano hasta el final de mis días, no significa esto que no debería esforzarme a entender lo mejor posible la Nueva Fe que siguen hoy en día muchas personas desesperadas, amargadas y que no encuentran esperanza en ningún otro lugar. Pero «entender» no significa aquí «perdonarlo todo». Mis palabras son a la vez una protesta. Le deniego a la doctrina el derecho de justificar los crímenes que se han cometido en su nombre. Y al hombre contemporáneo que olvida qué miserable es en comparación con lo que puede ser un hombre le deniego el derecho a medir con la misma vara el pasado y el futuro.

I

Murti-Bing

No fue hasta la mitad del siglo xx que los habitantes de muchos países europeos tomaron conciencia, en general de una manera bastante desagradable, de que los libros filosóficos, complicados y demasiado difíciles para un mortal común, tienen una influencia directa en sus destinos. La porción de pan que comían, sus ocupaciones, sus propias vidas y las de sus familias empezaron a depender, tal como pudieron comprobar, de cómo se resolvía una disputa sobre unos principios a los que hasta entonces no habían prestado la más mínima atención. En aquella época, un filósofo era a sus ojos una especie de soñador cuyas divagaciones no tenían consecuencias reales. Cualquier hombre corriente, incluso si, con gran aburrimiento, pasaba los exámenes de filosofía, intentaba olvidar lo más pronto posible dicha materia como si fuera algo que no servía para nada. El gran trabajo intelectual que llevaron a cabo los marxistas podía ser visto ante sus ojos como otra variación de un divertimento fútil. Tan sólo algunos individuos entendieron el significado de aquella indiferencia, sus motivos y las supuestas consecuencias.

En el año 1932 en Varsovia apareció un libro extraño. Era la novela *Insaciabilidad*, editada en dos volúmenes. Su autor era Stanisław Ignacy Witkiewicz, filósofo, pintor y escritor. Este libro, igual que su anterior novela *El adiós al otoño* no podía contar con muchos lectores. La lengua que utilizaba el autor era difícil, llena de neologismos que había creado el mismo Witkiewicz, las brutales descripciones de escenas eróticas se encontraban al lado de páginas llenas

de discusiones sobre Husserl, Carnap y otros teóricos del conocimiento contemporáneos. Además, no siempre se podía distinguir la gravedad de la bufonada, y el tema parecía ser una pura fantasía.

La acción de la novela tiene lugar en Europa, concretamente en Polonia, en un futuro cercano no determinado con exactitud, que igualmente podría ser considerado como un momento presente, es decir, tanto podían ser los años treinta, como los cuarenta o los cincuenta. El mundo presentado es el mundo de los músicos, los pintores, los filósofos, la aristocracia y los altos cargos militares. El libro no era nada más que un estudio de la degradación: una música demente que se basa en las disonancias; perversiones eróticas; un consumo extendido de las drogas; pensamientos huérfanos que buscan en balde algún apoyo; falsas conversiones al catolicismo; complicadas enfermedades mentales. Todo esto tenía lugar en un momento en que se decía que la civilización Occidental estaba amenazada, y en un país que estaba expuesto a los primeros ataques del ejército del Este: ese ejército era el ejército mongol-chino, que dominaba el territorio que iba desde el océano Pacífico hasta el Báltico.

Los personajes de Witkiewicz son desgraciados, puesto que les falta cualquier tipo de fe y también la percepción de que sus acciones tienen algún sentido. Esta atmósfera de desidia y de insensatez se extiende por todo el país. Entonces, en las ciudades aparece una gran cantidad de vendedores que venden en secreto la pastilla Murti-Bing. Murti-Bing fue un filósofo mongol que consiguió producir un medio de transmitir «la visión del mundo» por vía orgánica. Esa «visión del mundo» de Murti-Bing que constituía, por otra parte, la fuerza del ejército mongol-chino, se encontraba en unas pastillas de manera concentrada. Quien tomaba una pastilla Murti-Bing se transformaba por completo, adquiría serenidad y felicidad. Los problemas con los que se habría enfrentado hasta entonces de repente le parecían superficiales y sin importancia. Y miraba con una sonrisa de

indulgencia a la gente que se preocupaba por ellos. En primer lugar, afectaba a los problemas irresolubles de carácter ontológico (que apasionaban a su autor). La persona que ingería pastillas Murti-Bing dejaba de ser sensible a cualquier elemento metafísico; trataba síntomas tales como los excesos salvajes de un arte afectado por la «insaciabilidad de la forma» como estupideces del futuro; ya no consideraba que la llegada del ejército mongol-chino fuera una tragedia de su civilización, y entre sus conciudadanos vivía como un individuo sano rodeado de locos. Cada vez había más personas que pasaban por ese tratamiento con las pastillas Murti-Bing, la calma que conseguían contrastaba claramente con el nerviosismo de los que tenían alrededor.

Explico el final en pocas palabras: estalló la guerra y se llegó al enfrentamiento entre el ejército occidental y el oriental. Pero en el momento decisivo, antes de la gran batalla, el capitán del ejército occidental, en quien confiaban profundamente, se dirigió al cuartel de su principal enemigo y se rindió, y a cambio le cortaron la cabeza con grandes honores. El ejército oriental ocupó el país y empezó la nueva vida con la instauración del murti-binguismo. Los personajes de la novela, que antes estaban atormentados por la «insaciabilidad» de la filosofía, se pusieron al servicio del nuevo sistema, escribiendo marchas y odas en lugar de la anterior música disonante, pintando cuadros que eran socialmente útiles en lugar de la antigua abstracción. No obstante, como no pudieron liberarse del todo de su antigua personalidad, se convirtieron en notables muestras de esquizofrénicos.

Hasta aquí sobre la novela. Más de una vez su autor expresó su convicción de que la religión, la filosofía y el arte vivían sus últimos días, pero que sin ellos la vida no tenía ningún sentido (fue el creador de un sistema ontológico que remitía a la monadología de Leibniz). El 17 de septiembre de 1939, ante la noticia de que el Ejército Rojo había pasado la frontera oriental de Polonia, se suicidó tomando una fuerte dosis de veronal y cortándose las venas.

La visión de Witkiewicz se cumple hoy en día hasta en sus más mínimos detalles en grandes extensiones del continente europeo. Tal vez la luz del sol, el olor de la tierra, los pequeños placeres de la vida cotidiana, el olvido que nos proporciona el trabajo pueden reducir ligeramente la tensión de ese drama poco frecuente en la historia. Pero bajo la superficie del ajetreo y de las actividades diarias perdura la conciencia de una elección irrevocable. El hombre, o debe morir (físicamente o espiritualmente) o renacer de una única manera, definida de antemano, tomando una pastilla de Murti-Bing. En Occidente se tiende a analizar el destino de los países conversos en categorías de coacción y de violencia. Esto es un error. Aparte de un temor habitual, aparte de las ganas de protegerse de la pobreza y de la destrucción física funciona el deseo interior de armonía y de felicidad. El destino de las personas plenamente consecuentes, no dialécticas, como el de Witkiewicz, es una advertencia para más de un intelectual. Por otra parte, uno puede ver a su alrededor ejemplos desalentadores: por las calles de las ciudades todavía yerran las sombras de los irreconciliables, de los que no quieren tomar parte psíquicamente en nada, de los emigrantes interiores corroídos por el odio, hasta tal punto que no les queda nada más que ese odio y son como nueces vacías. Para entender la situación del escritor en los países de las democracias populares, hay que hablar de las razones de su actuación y del equilibrio que intentan mantener con gran esfuerzo. Cualquier cosa que se diga, la Nueva Fe abre inmensas posibilidades de llevar una vida activa y animada. Y el murti-binguismo proporciona al intelectual un aliciente mucho mayor que para los campesinos o incluso los trabajadores. Es una vela alrededor de la cual da vueltas como una falena para finalmente abalanzarse sobre la llama y con el chasquido de las alas que se rompen cumplir el holocausto en honor de la humanidad. Es un deseo que no se puede menospreciar. La sangre corrió abundantemente por Europa durante las guerras religiosas, y quien hoy en día se incorpora al camino de la Nueva Fe paga su deuda a esta tradi-

ción europea. Es una cuestión mucho más seria que una cuestión de violencia.

Intentaré llegar a esos grandes anhelos y hablar de ellos como si realmente se pudiera analizar la sangre caliente y el cuerpo de un hombre. Si quisiera describir los motivos por los que alguien se convierte en un revolucionario, evidentemente no sería capaz de ser lo suficientemente elocuente ni lo suficientemente comedido. Reconozco que tengo un enorme respeto para los que luchan contra el mal, independientemente de si su elección de los objetivos y los métodos es justa o equivocada. Pero aquí quiero detenerme en una particular variante, la de los intelectuales que se *adaptan*, lo que, por otra parte, no disminuye en absoluto su afán y entusiasmo recientemente adquiridos.

Existe, así me lo parece, una serie de vínculos centrales en su proceso de maduración para aceptar el Murti-Bing.

EL VACÍO

El círculo presentado por Witkiewicz se distingue por el hecho de que en él no existe la religión. En los países de las democracias populares, así como en todos sitios, la religión ha dejado de ser la filosofía de todas las sociedades, es decir, de todas las clases sociales. Mientras las mentes más privilegiadas estaban ocupadas en discusiones teológicas, se podía afirmar que la religión era el sistema de pensamiento de todo el organismo social, y todos los asuntos que afectaban de manera más directa a los ciudadanos se remitían a ella y eran tratados según su lenguaje. Pero esto ya forma parte de los tiempos más remotos. Mediante fases graduales hemos llegado al punto en que nos falta un sistema conceptual homogéneo que pudiera unir al labrador que ara la tierra con un arado tirado por un caballo al estudiante que se ocupa de la logística y al trabajador de una fábrica de coches. De aquí la dolorosa sensación de ruptura, de abstracción que oprime a la *intelligentsia*, y en un

grado especial, a los que son «creadores de la cultura». El lugar de la religión lo ocupó la filosofía, pero ésta empezó a discurrir por caminos cada vez menos accesibles para los no especialistas. Las conversaciones de los personajes de Witkiewicz sobre Husserl ni tan siquiera pueden apenas interesar a los lectores con una cultura media, mientras que la gran masa sigue estando ligada a la Iglesia de una manera únicamente emocional y tradicional, puesto que le faltó agudeza y renovación intelectual. La música, la pintura o la poesía se han convertido en algo completamente ajeno para la gran mayoría de ciudadanos. Las teorías del arte que se difundían mostraban claramente el papel de éste como sustituto de la religión: los «sentimientos metafísicos» tenían que expresarse en las «tensiones de la forma pura», así pues, la forma obtuvo una superioridad absoluta ante el objetivo. Se llegó hasta el punto que empezaron a interpretar el arte de los pueblos primitivos, donde el contenido es lo fundamental, como una maravillosa deformación en sí misma, sin relación con la base histórica, con la manera de pensar y de sentir de las civilizaciones primitivas.

Pertenecer a las masas: es éste el gran anhelo de los intelectuales «alienados». Un anhelo tan fuerte que, cuando intentaron satisfacerlo, muchos de ellos pasaron de los pensamientos totalitarios extremos, basados en la Alemania de Hitler, a la Nueva Fe. También es cierto que es muy fácil afirmar que el programa totalitario de la derecha era un medio sumamente miserable. Tan sólo podía colmar una serie de satisfacciones que se reducía a un *calor* colectivo: la multitud, las bocas abiertas para el grito, caras rojas, marchas, los brazos alzados con bastiones. Era aún peor cuando se procuraba una justificación racional. Ni el culto de la Raza, ni el odio hacia las personas de otro origen, ni el embellecimiento exagerado de la tradición de la propia nación eran capaces de eliminar el sentimiento de que todo aquel programa era una improvisación para un uso puntual y que estaba suspendido en el vacío. El murti-binguismo era otra

cosa. Proporciona bases científicas y de un golpe lanza a la basura los restos de las épocas pasadas: la filosofía poskantiana, que tenía cada vez menos relación con la vida de la gente y por eso se veía rodeada de un desprecio general; el arte escrito para los que no tenían ninguna religión, y que no querían reconocer que cualquier búsqueda del «absoluto» a través de la combinación de colores o de sonidos era una falta de valor de pensar las cosas hasta el final; la mentalidad mágico-religiosa de los campesinos. En lugar de todo esto llega *un* sistema, un lenguaje de conceptos. El portero y el ascensorista de una casa editorial leen los mismos clásicos del marxismo que el director de la empresa y el escritor que trae sus manuscritos; el trabajador y el investigador de la historia pueden a partir de ahora entenderse. Evidentemente, la diferencia del nivel intelectual que existe entre ellos no es menor que la que separa en la Edad Media al doctor de teología y al herrero del pueblo. Pero existen unas bases comunes. El gran cisma ha sido derribado. El sistema del materialismo dialéctico los unió a todos y la filosofía (es decir, la dialéctica) recuperó un nuevo influjo en la vida, así que empezaron a tratarla seriamente, tal como se trata al conocimiento y a la habilidad de los que depende el pan y la leche para los niños, la propia felicidad y la seguridad. El intelectual vuelve a ser *útil*. Él, que hasta ahora se había dedicado a pensar y a escribir durante los momentos libres que tenía de su trabajo retribuido en el banco o en correos, ha obtenido un lugar en la tierra, ha sido devuelto a la comunidad. Aquellos que hasta ahora lo consideraban como un estrafulario inofensivo: los propietarios de las fábricas que iban en bellos coches, los aristócratas que de la ciencia y del arte valoraban tan sólo lo que consideraba el esnobismo, los vendedores ocupados exclusivamente en el dinero, se convirtieron en nada, o estaban contentos si se les permitía conseguir un empleo como guardarropa y entregar el abrigo a su antiguo trabajador, de quien se decía, en los tiempos de antes de la guerra, que «según parece, escribe». Pero no hay que simplificar el hecho de satisfacer estas ambiciones: son

tan sólo un signo externo de las necesidades colectivas, unos símbolos de reconocimiento que refuerzan a cada paso el sentimiento de *restitución*.

EL ABSURDO

Aunque nunca se haga mención de los motivos metafísicos que pueden llevar a un cambio total de las opiniones políticas, esos motivos, así lo parece, funcionan y se pueden observar en los que son más sensibles, en los más inteligentes, y también en los más neuróticos. Imaginémonos un día primaveral en una ciudad, en algún país parecido al que describe Witkiewicz en su novela. Uno de sus protagonistas sale a dar un paseo. Le atormenta algo que se puede denominar como la «espiral del absurdo». ¿Cuál es la razón de existir de todos aquellos representantes del género *homo*, ese ajeteo sin sentido, ese afán por el dinero, esas sonrisas, esas diversiones animales y estúpidas? Con un poco de perspicacia se puede separar fácilmente a los transeúntes en varios tipos, adivinar a qué clase pertenecen, sus costumbres, y lo que les preocupa en aquel momento. La perspectiva del tiempo sufre una reducción: la infancia, la madurez y la senectud de los transeúntes se funden en uno, transcurren en un segundo, en el lugar del transeúnte queda sólo aire. Analizar en un plano fisiológico la existencia de ese preciso transeúnte en lugar de otro no tiene el más mínimo sentido. Pero penetrar en su mente descubre una necedad en grado sumo. Ellos no se dan cuenta de que nada les es propio, de que todo depende de la formación histórica que los ha creado: su tipo de ocupación, sus ropas, sus movimientos, su sonrisa particular, sus creencias y convicciones. Son la fuerza de la inercia encarnada precisamente porque sucumben a la ilusión de que son ellos mismos, cuando en realidad no son en absoluto ellos mismos. ¡Si fueran almas, tal como predica la Iglesia, o las mónadas de Leibniz! Pero aquella fe ya ha sido eliminada. Lo que queda es una aversión absoluta hacia la existencia del

detalle, hacia esa mentalidad para la que cada fenómeno existe *por separado*: comer, beber, ganar dinero, magrearse, tener hijos. ¿Y qué más? ¿Debería durar todo esto? ¿Por qué tiene que durar? Es ésta una pregunta casi equivalente del todo con lo que se denomina el odio a la burguesía.

Que surja un nuevo hombre que no se someta sino que transforme el mundo y los pensamientos a escala de todo el globo y que él mismo cree la formación histórica en lugar de ser su esclavo. Solamente de esta manera la absurdidad de su existencia fisiológica puede ser redimida. Hay que obligarlo a la fuerza, a través del sufrimiento, a que lo entienda. ¿Por qué no debería sufrir? Debería sufrir. ¿Por qué no puede servir como fertilizante, si es malo y estúpido? Si el intelectual conoce los tormentos del pensamiento, no hay que ahorrarles estos tormentos a los otros, a aquellos que hasta ahora se carcajaban, bebían, engullían, explicaban chistes estúpidos y en esto veían la belleza de la vida.

El intelectual entorna los ojos con placer al contemplar cómo la burguesía —y también lo burgués en la gente— se ve martirizada. Es un precio merecido por la humillación que sintió cuando tenía que ser uno de ellos y daba la sensación de que no había salida de aquel círculo de nacimientos y muertes. El tímido rubor de los inteligentes que nunca se habían acostumbrado a un pensamiento severo y estricto, que de repente se ven cogidos en la trampa, por ejemplo obligados a celebrar en la academia el aniversario de la Revolución, una academia que les resulta odiosa, les proporciona unos momentos de embriaguez. Los campesinos que entierran las monedas de oro atesoradas y escuchan una radio extranjera con la esperanza de que la guerra los salve de ir a un koljós, a ciencia cierta saben que no tienen en él a un aliado. Y no obstante, es afectuoso y bueno, es amigo del hombre, pero no del hombre tal como es. Sino de tal como *debería* ser. Pero no lo podemos comparar con un inquisidor medieval. Éste creía que torturando el cuerpo trabajaba para la salvación del alma individual. El primero trabaja para la salvación de la especie humana.